SIC
pág 262
nº 606
julio
1998

La reflexión educativa que falta

No es fácil movilizar al grueso de la población que hace opinión pública: esa población generalmente tiene a sus hijos en escuelas privadas, lo cual significa que ésta ni vive ni sufre la tragedia de la educación oficial: la ven de lejos, con desprecio.

JOSEFINA BRUNI CELLI

Venezuela siempre ha estado en la vanguardia de la reflexión educativa en el ámbito curricular. En la década de los 80, lideró, junto con la Universidad de Harvard, una importante reflexión sobre la didáctica de procesos, un enfoque que viene tomando fuerza y se ha convertido en los noventa en el último grito en muchos espacios educativos a nivel mundial. Más recientemente, viene desarrollando un nuevo modelo curricular de orientación socio-reconstruccionista y constructivista (otras de las más novedosas tendencias curriculares) que ha sido elogiado por expertos del extranjero por la manera en que sus diseñadores han resuelto muchos de los problemas que la transversalidad (también una tendencia mundial) venía presentando en los currícula de otros países.

Venezuela tampoco se queda atrás en la reflexión sobre el significado de la educación en los tiempos actuales. El Noveno Plan de la Nación, el Plan de Acción y diversos otros documentos ministeriales hacen referencia a la «sociedad del conocimiento» y sus implicaciones para la educación. Se mencionan la globalización, la creciente utilización y difusión de nuevas tecnologías, el cambio como rutina, las sociedades informatizadas. Se destaca la necesidad de hacer mayor énfasis en el aprender a aprender y menor énfasis en la transmisión de datos puntuales. Se plantea el conocimiento como el saber seleccionar y procesar información en vez de como la memorización de información.

Somos buenos pensadores. El problema empieza cuando vamos a la práctica. Pues pese a todas nuestras excelentes ideas y desarrollos nos encontramos con que:

1. Las escuelas públicas se están cayendo a pedazos física y moralmente. Las edificaciones escolares oficiales están profundamente deterioradas. Los maestros se sienten maltratados por un sistema de administración de personal que premia al reposero y castiga al docente que se esmera en su trabajo.

2. Los niños reciben muy poca clase, sea por las huelgas, la falta de agua, las reuniones de planificación de los docentes que se realizan en horas de clase, porque se están cayendo los techos de los edificios escolares, o sencillamente por el calor insoportable que hace en las tardes en el gran número de aulas que tienen techos de zinc.

3. La educación es ineficaz y costosa para las familias pobres. Un niño pobre tarda casi nueve años para culminar seis años de educación primaria, y después de tanto tiempo y sacrificio egresa con una formación deficiente en lecto-escritura y matemáticas.

4. Las escuelas oficiales de educación básica han dejado de cumplir con el mandato constitucional del derecho a una educación básica pública gratuita. Como el Estado le otorga a cada escuela apenas Bs. 51 por niño al año para gastos de funcionamiento, las escuelas básicas oficiales se han, literalmente, privatizado. En este año escolar, el derecho de inscripción en demasiadas escuelas oficiales alcanzó Bs. 80.000, y fueron contadas las escuelas que cobraron menos de Bs. 5.000 por niño. Como el Estado ha dejado de pagar a los suplentes, los padres también cargan con cuotas adicionales para el llamado «fondo de suplentes.» Con frecuencia se «pasa raqueta» para reparaciones y dotaciones especiales. Los padres de menores recursos lo pagan todo callados.

Hace falta un conjunto de metas muy concretas, comprensibles y atractivas, asociadas con inversiones concretas de recursos. Metas que le den legitimidad a la inversión al presentar una clara relación entre los recursos invertidos y los logros alcanzados.

En contraste con el caso de las universidades, nadie habla de que se privatizó la educación de los pobres.

Pensadores profundos en la cúpula que conviven con un sistema educativo depauperado y desmoralizado en la base. Pensadores frustrados cuyas ideas se diluyen y finalmente se esfuman cuando éstas se tratan de concretar. Esta es nuestra dura realidad.

Evidentemente, nos cuesta mucho más abordar los problemas más terrenales que vive la educación venezolana que incursionar en la gratificación intelectual del pensamiento profundo. Quizá porque el camino hacia la solución es demasiado tortuoso, demasiado complejo. O quizá porque quienes están en la cúpula no sienten que tienen el apoyo político necesario para hacerle frente a los problemas más elementales de nuestra educación. Dicen: no se le asignan suficientes fondos a la educación. Cierto. Dicen: el sistema educativo es ingobernable. También es cierto. Y estas dos cosas están relacionadas. El llamado a una mayor inversión en educación es actualmente ilegítimo desde el punto de vista de casi todo el país, justamente porque el sistema es ingobernable. La percepción generalizada acerca del sistema educativo es que más dinero no va a arreglar las cosas porque, tal cual éste funciona, los fondos no llegarán a los niños, no se utilizarán para mejorar la calidad de la educación, se quedarán por el camino en manos de los protegidos y beneficiarios del sistema de reparto clientelar.

¿Cómo cambiar esta ni tan errada percepción? ¿Cómo hacer para que el llamado a una mayor asignación de recursos a la educación sea percibido como algo que realmente vale la pena? Ésta es la reflexión que apenas empezamos a hacer.

El Consejo Nacional de Educación viene haciendo inmensos esfuerzos en los últimos meses por llevar adelante una reflexión colectiva que atienda los problemas más elementales del sistema educativo. Pero no es fácil. No es fácil movilizar al grueso de la población que hace opinión pública alrededor de estos problemas; en parte porque esa población generalmente tiene a sus hijos en escuelas privadas, lo cual significa que ésta ni vive ni sufre la tragedia de la educación oficial. La ven de lejos, con desprecio, como si se tratara de una cosa sucia de la cual ellos huyeron hace tiempo, cuando ésta se empezó a ensuciar. Hay, ciertamente, una consciencia teórica, algo vaga, de que la educación es importante para el desarrollo, para el futuro. Pero eso no duele hoy. Y, porque no duele hoy, las soluciones a los problemas de la educación (al igual que los problemas ambientales) siempre se pueden dejar para después.

¿Qué hacer? Una opción es atacar la fuentes de ingobernabilidad con el fin de devolverle legitimidad a incrementos en la inversión educativa. Pero esto, es imposible si no se cuenta con el apoyo irrestricto de quienes hacen opinión pública. Y ese apoyo, como vimos arriba, no lo hay, al menos no con la fuerza que se necesita. Una segunda opción es movilizar a la gente alrededor de propuestas positivas. La pregunta es: ¿cuáles ideas podrían movilizar a la población? Las ideas que fundamentan las reformas curriculares que se vienen desarrollando en la cúpula no mueven: son demasiado abstractas, teóricas, especializadas. Hace falta más bien un conjunto de metas muy concretas, metas muy comprensibles y atractivas, asociadas con inversiones concretas de recursos. Metas que le den legitimidad a la inversión al presentar una clara relación entre los recursos invertidos y los logros alcanzados.

Varios actores, entre ellos el Consejo Nacional de Educación y el Foro Educativo Venezuela, empiezan a apuntar en esta dirección. La propuesta de la reimplantación de la jornada escolar completa constituye un ejemplo de ello. El logro de esta meta exige inversiones muy visibles y transparentes: más infraestructura y mobiliario escolar, sueldos completos para los maestros que trabajan el día completo, almuerzos escolares para los niños que permanecen en la escuela el día completo, bibliotecas escolares que enriquezcan el día completo. El logro de esta meta proveería las condiciones necesarias para que las ideas de los pensadores profundos se hagan realidad. En el proceso de alcanzarla, se irían atendiendo una a una las fuentes de la ingobernabilidad.

En Venezuela, somos buenos pensadores; el problema empieza cuando vamos a la práctica: pensadores profundos en la cúpula que conviven con un sistema educativo depauperado y desmoralizado en la base; pensadores frustrados cuyas ideas se diluyen y finalmente se esfuman cuando éstas se tratan de concretar.

Josefina Bruni Celli

Investigadora del IESA.